

ROMANCE

DE LA DESGRACIADA MUERTE DE JOSEPH

DELGADO (alias Hillo) en la Villa , y Corte de Madrid , el dia once de Mayo del año de mil ochocientos y uno.

PRIMERA PARTE.

Aunque con pena , y dolor,
 y el alma de angustia llena,
 afligida de quebranto,
 dolorida de tristeza,
 y quasi titubeando,
 insensata , y macilenta,
 quiero ahora en breves lineas,
 y doloridas cadencias
 referir à mi Auditorio
 la mas funebre tragedia,
 que ha sucedido en la Corte
 de Madrid (donde la Regia
 Magestad tiene su asiento,
 domicilio , y su grandeza.)
 En esta Corte famosa
 estaba un hijo de aquesta
 Ciudad (su Pueblo Hispalense)
 en donde el recreo era
 deste pueblo Sevillano;
 pues su garvo , y gentileza
 encantaba con su modo,
 y politica destreza,
 tanto , que à todas las gentes
 la voluntad les grangea.
 Y sino digalo un Cadiz,
 que lo han sentido de veras,
 el Puerto no digo nada,
 y Xeréz con mucha pena;
 en fin digo lo han sentido
 en todas , todas las tierras
 en que à él le conocieron
 por su garvo , y su modestia;
 pues del mucho sentimiento
 es tanta , tanta la pena,
 que tiene en sí , que no hay
 ni un alma que no lo sienta,
 la muerte tan desgraciada,



que ha tenido , mas me queda
 que pedir , que es el auxilio
 de Dios , y su Madre , nuestra
 Señora de la Piedad,
 aquella que se venera
 en el sitio que le nombran
 del Baratillo , que aquesta
 es devocion , que la tuvo
 este tal , que aqui se expresa.
 Este fue Joseph Delgado,
 (alias Hillo) y es fuerza
 referir como su muerte
 ha sido , ó quien pudiera
 tener la ciencia de Homero
 para poder componerla!
 Mas valido de la gracia
 de Dios , y su Madre bella
 Señora de la Piedad,
 empiezo de esta manera.
 Año de mil y ochocientos,
 y uno , segun la cuenta,
 el dia once de Mayo,
 un Lunes , segun expresa
 la Carta , que yo he leído
 (de una tal correspondencia)
 de que ha tenido un amigo
 de un hijo suyo , que aquesta
 es veridica , pues él
 la escribe con la experiencia
 de haverlo visto à sus ojos
 morir , que fatal tragedia!
 que pena , dolor , y angustia
 sería (ya se contempla)
 à los que lo están mirando,
 notable fatal tragedia!
 (vuelvo à decir otra vez)
 pero no sé que dixera!

que

que entre tanta gente junta
no hubo quien lo socorriera
à aq̄este infeliz mancebo?
Valgame la Virgen nuestra!
que habiendo èl librado à tantos,
no hubo quien lo favorezca?
y es que estaba allí su fin,
Dios en el Cielo lo tenga.
En fin voy à declarar
por ver si à Dios lo encomiendan
con tenerlo à el rat presente
quando canten estas letras,
(pues mueven los corazones
aunque sean hechos de piedra)
esta relacion en verso
el que està, ò futuro venga,
que algun sufragio tendrá
tal vez si acaso se acuerdan,
que esa ha sido la intencion
de este su amigo Poeta,
que por eso lo ha compuesto
por ver si alguno le reza
aunque sea un Ave Maria,
y ese mas sufragio tenga;
y mas si se alcanza el fin
de imprimirlo en la Imprenta,
y así escuchen mis oyentes,
que ya empieza mi cadencia.
Un Lunes (vuelvo à decir)
estando la Plaza llena
de gente, entrò el despejo,
como se acostumbra en esta,
usando de su exercicio
con la devida limpieza,
despejaron luego al punto
echando la gente fuera,
y despues los Picadores
à el punto corriendo entran,
y detras van los de à pie,
Vanderilleros, que eran
primores ver los vestidos,
y gracia con que los llevan,
despues van los Matadores
de espada (con gentileza)
y el valiente Joseph Hillo,
(como principal cabeza)
pues es maestro de todos,
porque por èl se gobiernan,
y llegando hacia el balcon

à donde està la grandeza,
usando la cortesia,
que es debida (que se tenga).
se quitaron sus sombreros
con politica agudeza,
pues es lo que se acostumbra
entre la gente discreta,
usan de sus cortesias
segunda vez, luego llegan
à el Chiquero prontamente,
y no porque van de priesa,
y los Picadores juntos
marchan à la Corraleja,
en compania los demás
les asisten los que quedan
para evitar ocasiones
peligrosas de que puedan
redundarse à el que se ponga
de Picador à la puerta,
y poniendose en su sitio
con la garrocha puesta
con la prevencion debida,
con el pañuelo hace seña
el Prìncipal que lo manda,
y al punto el mandato observa;
resonaron los Clarines,
con sus canoras cadencias,
y corriendo los cerrojos,
à el punto saliò una fiera
de un Toro, y lo recibìo
el que està puesto à la puerta,
y lo despidiò de si
con valentia soberbia,
el segundo hizo lo mismo,
y el tercero lo echò en tierra,
pues que le matò el caballo,
y le echò las tripas fuera,
y despues lo matò Hillo
con gran garvo, y gentileza,
aunque tuvo una cogida
en la mañana primera,
mas no fue cosa mayor,
si le molesta una pierna.
Tambien el llamado Ortiz,
herido saliò de veras,
mas fue aquella propia tarde
de que se jugò la fiesta,
tambien el Platero fue
herido (mas cosa tenue)

pero



pero aunque Hillo cojaba,
 no por eso matar dexa.
 O desgraciado mancebo!
 O desgracia tan proterba!
 O! quién le dixera à él
 de que en esa tarde mesma
 havia de ser fragmento,
 ò-víctima de una fiera
 de un Toro, que Castellano
 es de Castilla la Vieja,
 la divisa era morada,
 y del Toro su amo era
 Peñaranda Bracamonte,
 y el color la carta expresa,
 que era de color muy negro,
 como lo explican sus letras;
 y à el tiempo de ir à matarlo,
 tanto se arrestò, que à fuerza
 de meterle bien la espada
 (como acostumbraba) queda
 la espada à el toro metida,
 y el Toro con gran fiereza
 lo ha agarrado de tal suerte,
 que por un bacio le entra
 el cuerno, y por el pescuezo
 de Hillo lo saca, el qual queda
 por el tiempo de dos Credos
 colgado de su cabeza,
 y despues lo despidió
 cadaver; ò qué tristeza
 causò, pues sus compañeros
 inmóviles todos quedan,
 atonitos, y confictos,
 sin saber si aquello era
 verdad, pues aunque lo veían
 à su vista, en su presencia,
 con mirarlo por sus ojos,
 les parecia Novela,

en ver à un hombre que ha sido
 en su saber, y destreza
 la fama de todo el Orbe,
 y sino çalle la lengua
 de la fama de Benete,
 Huevo, Candiño, y Saavedra,
 Juan Cosme, y Juan Miguel,
 y Palomo, aunque estos eran
 diestros, no llegaron nunca
 ni en un apice siquiera
 à el garvo de Joseph Hillo.
 Dios por ser quien es lo tenga
 en su eterno descanso,
 siquiera porque siquiera
 fue devoto de la Virgen
 de la Piedad (dulce Reyna)
 mientras vivió en este mundo
 de vida percedera,
 y en Madrid tuvo su fin
 en los cuernos de una fiera.
 Y con esto Pimentel,
 compositor de estas letras,
 pide à todo su Auditorio,
 y à todo à quien lo encomienda:
 à Dios todo poderoso
 le digan: Requiem eternam,
 luego al fin un Padre nuestro
 rezado de todas veras
 por su alma, porque Dios
 le haya dado gloria eterna.
 Y en otra segunda parte
 ofrezco al pie de la letra
 declarar los funerales
 con veridica certeza
 de su Entierro suuntuoso,
 pues lo honraron con grandeza
 en la Corte de Madrid,
 como las cartas lo rezan.

SEGUNDA PARTE.

YA dixé en la primer plana,
 noble Auditorio discreto,
 que diria las exequias,
 y de su solemne entierro,
 lo que à Joseph lo elogiaron
 dando entero cumplimiento,
 honrandolo hasta su fin,

fingiendo gran sentimiento
 en su desgraciada muerte;
 mas para poder hacerlo
 primero à mí me precisa
 pedir la gracia, que espero
 de Dios, y su Sacra Madre
 de la Piedad, mi consuelo;

fiado en ambos podrá
 mi numen (aunque pequeño)
 referir à mi Auditorio,
 y à questo ilustre Congreso,
 con la gran solemnidad
 de que tu Entierro le hicieron;
 mas valido de ambas gracias,
 de aquesta manera empiezo.
 Y digo en primer lugar,
 para que sepan de cierto
 como en el doce de Mayo
 del año que dexè expreso
 en la antecedente plaña,
 despues de estar manifesto
 con la costumbre debida
 à todo difunto cuerpo,
 que son veinte y quatro horas,
 poco mas, ò poco menos
 con muy grande perspectiva
 de Altar, y muchos hacheros,
 de grande iluminacion
 de Panteones obsequios,
 que aunque funebros esparcen
 alegría solo el verlos,
 pues causan gran devocion,
 aunque es asunto funesto;
 pues era tanta la gente,
 que iba à rezarle, y à verlo,
 que se ahogaban de suerte,
 que parecía un Jubileo,
 pues era tanto el concurso
 de Nobles, y de Plebeyos,
 que toda ponderacion
 es poca para creerlo.
 Y por la tarde lo sacan
 con mucho acompañamiento
 de gentes, que le acompañan
 à su funeral entierro,
 yendo con gran devocion
 hasta llegar à aquel Templo,
 que se llama San Ginés,
 en donde le dan su asiento;
 y todas las Comunidades
 tambien le van asistiendo,
 y todo el Clero tambien
 con gran devocion, y zelo,
 y poniendolo en la Iglesia

le entonaran sus gorgoros,
 cantandole su Vigilia
 con gran acierto, y arreglo,
 y tambien grande concurso;
 y todos sus compañeros
 le acompañaron tambien
 (los quales iban de duelo)
 tan affigidos, que era
 pena grande solo el verlos,
 pues con suspiros decian
 lo que contemplaban ellos,
 que havian perdido quien era
 su amparo, y su maestro.
 Y despues de rematado
 lo levantan en el feretro,
 y llevandolo à su sitio
 en donde està el verdadero
 Palacio que los Christianos
 hemos de ir sin remedio
 mas que las Aves-Marias,
 que por su alma recemos
 los que quedamos acá,
 que esa obligacion tenemos,
 que mañana puede ser
 que nos suceda lo mesmo,
 que en el dia del Juicio
 despues que resucitemos
 recibiremos el pago
 teniendo doble por premio.
 Dios por su gracia nos dè
 la gloria que acá queremos,
 y nos perdone las culpas,
 que poniendo acá los medios
 nos perdonará de suerte,
 que gocemos de su Reyno.
 Y con esto Pimentel,
 compositor de estos versos,
 pide con mucha humildad,
 que rezen un Padre nuestro
 por su Amigo Joseph Hillo,
 y le perdonen los yerros,
 que hayan tenido sus letras,
 pues contempla son inmensos;
 mas como discretos todos
 suplirán de su concepto
 las rudezas que tuvieren
 los defectos de sus versos.